

C 72

Seos del Carmelo y Praga

Organo de las Asociaciones Carmelitanas



Cuanto más
me honréis
más os
favorecere

Núm. 66—Burgos 15 de Junio de 1923—Año VI



INDULGENCIARIO CARMELITANO

MES DE JULIO

Los Terciarios del Carmen pueden ganar indulgencia plenaria confesando, comulgando, rogando por las intenciones del Papa, y visitando la iglesia en que está establecida la Congregación, o en su defecto la iglesia parroquial, los días de San. Elias (20), (además, este día Abs. Gen.) y Santa Ana (26). El día 16 festividad de la V. del Carmen, *toties quoties*.

Los *cofrades del Carmen* pueden ganar indulgencia plenaria, confesando comulgando, y rogando por las intenciones del Papa el día 16 de Julio, festividad de la V. del Carmen y así éstos como *todos los demás fieles* pueden ganarla con las condiciones expresadas, visitando una iglesia de Carmelitas, los días de la V. del Carmen, (este día *toties quoties*); San Elias (20), Beatas Teresa y compañeras mártires (24) y Santa Ana (26).

Poesías de Sor Teresa del Niño Jesús

Encuadrado, 4 pesetas; en rústica, 2 id.

Episodios rimados de la Historia de un Alma

Un tomo en rústica, 3 pesetas.

CEMENTOS

Joaquín Madrazo

Méndez Núñez, 11, telef.º 81

SANTANDER

Imprenta y Librería Moderna

Mercado, 120.—LOGROÑO

ELEUTERIO MARTINEZ

Esta casa recibe todas las publicaciones que se editan de su lectura y se vende al mismo precio que los autores. Suscripciones a todas las revistas. —Inclenso y cera de la acreditada marca de Albaida.—Se facilita toda clase de ornamentos de Iglesia.

CURSUS

PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE

ad mentem Angelici Doctoris S. Thomae Aquinatis

autore P. Marcello a Puero Jesu, Ord. Carmel. Disc. alumno

Tres volúmenes de 350 a 500 páginas, tamaño 25 por 16 centímetros; 15 pesetas en rústica y 20 encuadrados.



234

ECOS

Cup. 405. C-72.



Precio anual de suscripción: 3 pesetas en España y 4 en el extranjero.

AÑO VI

JUNIO DE 1923

NÚM. 66

SANTIFICACION DEL DIA

La oración de la noche.



URANTE el día se ha dedicado el hombre el trabajo con actividad febril; en los negocios de diversa índole ha vaciado todas sus energías físicas e intelectuales. Llegada la noche, el día y el reposo lo llena todo. Apáganse las brillantes luces del cielo y con ello cesa el canto de las bulliciosas aves y el ruido y contiendas, y un silencio absoluto reina en la naturaleza entera. Dios, como madre amorosa, nos cerca de estos cuidados exquisitos, para que con más facilidad conciliemos el sueño reparador de nuestras agotadas fuerzas, y este reposo y tranquilidad absoluta de la naturaleza convida también en gran manera a la oración y al recogimiento.

La bendición del cielo ha de preceder, acompañar y seguir a todas nuestras acciones, para que sean perfectas y cabales y provechosas a nuestras almas. Empezaste el día con la bendición de Dios, y la misma bendición has de procurar que corone tus obras. Bástale al día su malicia, dicen las Santas Escrituras. Deja, pues, a un lado todas esas preocupaciones que durante el día han ocupado todas tus actividades intelectuales y físicas, y en el secreto de tu aposento y arrodillado al pie del lecho donde van a recibir descanso tus miembros, sin más testigos que Dios y los ángeles, debes dirigir tus oraciones al cielo,

cumpliendo así con tus deberes religiosos. Encomiéndate a Dios de todo tu corazón, a la Virgen, al ángel de la guarda, a los santos de tu devoción.

Echa una mirada retrospectiva al curso del día y allí encontrarás tantísimos beneficios que de la bondadosa mano del Señor habrás recibido: salud, sinceros amigos, sucesos prósperos en los negocios, alegrías, hasta las mismas contrariedades que te habrán hecho reconcentrar un poco dentro de ti mismo, aparte de otros favores, no menos reales y verdaderos, por ser invisibles; por todas estas cosas estás obligado, carísimo lector, a dar gracias muy rendidas al Señor. Somos viajeros que caminamos con apresurada carrera por el desierto de esta vida, y ¿qué de extraño tiene que en nuestras rudas jornadas diarias se nos pegue polvo de imperfecciones y de pecados? Nada más natural, pues, que pidamos perdón a Dios por estas deficiencias. Somos soldados siempre en activo mientras dure nuestra existencia, y en nuestras constantes luchas con enemigos irreconciliables que nos hostilizan sin descanso, sin duda que habremos recibido algunas heridas, y por esto hemos de procurar que el médico celestial tome a su cuenta la cura de estas heridas.

El sueño es semejante a la muerte: ¡cuántos que se acostarán sanos, amanecerán en la eternidad! Y he aquí otra razón de la oración de la noche y por qué hemos de procurar no entregarnos al sueño, sin ponernos antes en relaciones amistosas con Dios nuestro Señor.

La oración de la noche tiene, pues, un triple objeto: 1.º, dar gracias a Dios por los beneficios recibidos durante el día; 2.º, pedirle perdón por las deficiencias en que hayamos incurrido, y 3.º, pedirle favor para pasar feliz noche y en la amistad de Dios. Para llenar este deber sagrado de la oración de la noche, puedes servirte de cualquiera de las infinitas fórmulas que hallarás en los libros de devoción, y a falta de libros y fórmulas, o por mejor decir, con preferencia a todo libro y fórmula, así tienes el Padre nuestro, la Salve, el Ave-Maria, el Acto de contrición, que son fórmulas por excelencia para ponernos en comunicación con el cielo, dar gracias a Dios por los beneficios recibidos y pedirle perdón por nuestras culpas y obviarle a que nos conceda nuevos favores.

Reza, pues, con fervor estas oraciones, acordándote de la Virgen, del Ángel de la Guarda, del bendito San José; estampa un beso efusivo en el Crucifijo y en el santo Escapulario de la Virgen del Carmen, asperja con agua bendita el aposento y el lecho donde vas a descansar, y, hecha con reverencia la señal de la cruz, puedes contar con la bendición de Dios y entregarte con conciencia a un sueño tranquilo y reparador.

FR. PLACIDO, C. D.



Al Divino Niño Jesús de Praga

Quería, Niño Divino,
Adornar tu altar bendito
Con algo grande, inaudito
De hermosura singular.
Pedíle al prado sus flores
De delicados matices,
Sus perfumados tapices
Como esmeraldas sin par.

Sus colores a la aurora,
A la brisa sus caricias,
A la fuente las delicias
De un murmullo soñador.
Del crepúsculo el misterio
Cuando en la selva aparece,
Y suavemente adormece
Al arbusto y a la flor.

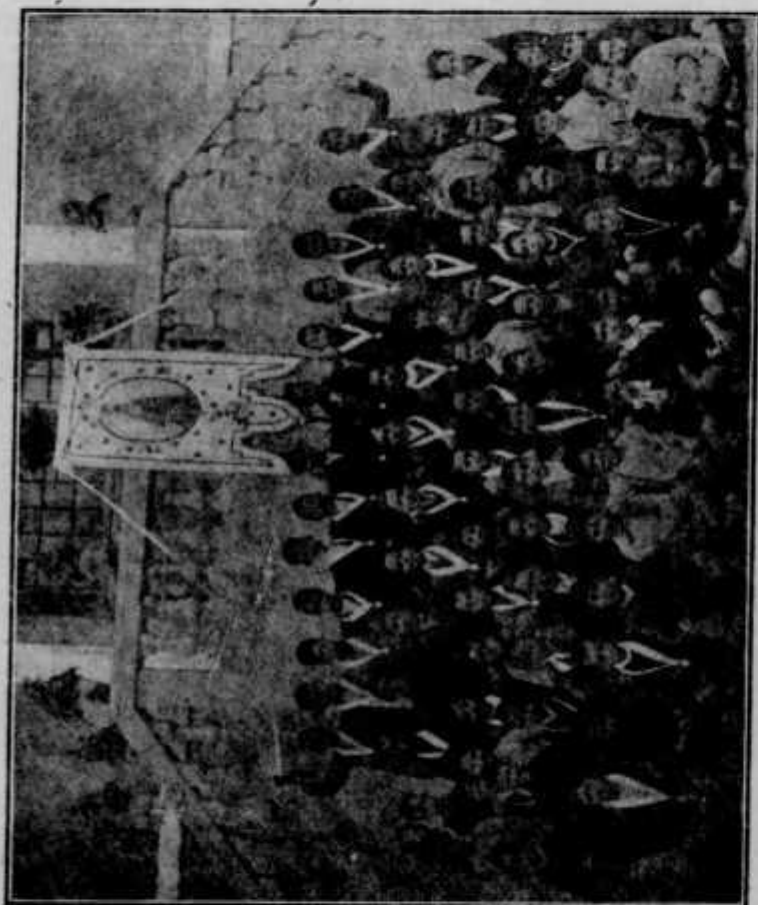
Al ruiseñor sus canciones,
Al cielo azul sus estrellas,
Y, en fin, cuantas cosas bellas
Pude en el mundo encontrar.
Ante ti, Niño de Praga,
Llevé mi ofrenda con gozo,
Creyendo era don precioso
Con que poderte obsequiar.

Mas mi ilusión se desvaneció
Al contemplar la belleza
De tu divina grandeza,
Que mi mente iluminó;
Mostrándome que en la tierra
Solo buscas corazones
Libres de humanas pasiones
Cual tu amor los redimió.

Y el mío, desde aquel día,
Con amor quise ofrecerte,
Para aprender a quererte
Cuanto el mundo te olvidó.

M. MARCET.





Puente de Vallecas (Madrid). — Congregantes del N. Jesús de Praga del Colegio de H. de las Escuelas Cristianas.

EL COPÓN DE ORO

...Y sucedió que sobre aquella graciosa aldehuela, que siempre se había creído a salvo, escondida como estaba en el fondo de un valle, lejos de caminos trillados, una tarde funesta, cayó, cual bandada de buitres, un turbión de herejes hugonotes.

Con ellos iban gentes que, sin ser hugonotes, gustaban de acudir a donde sabían que podía haber pillaje y robo.

Y todas las puertas y ventanas de la aldea se cerraron en señal de pavor; y los arados quedaron abandonados en medio de los campos; y las risueñas praderas se mustiaron al sentirse holladas por la pezuña de los malsines; y los corderillos, encerrados de prisa en los rediles, balaban medrosos, presintiendo la tempestad.

Y a poco de entrar en el poblado los herejes, y de henchir la triste soledad de las calles con sus gritos de amenaza y de insulto, la campana de la iglesia comenzó a tañer... Mas su tañido no era el tañido dulce, de la oración, ni el grave de las fiestas solemnes, ni el tintineo alegre de los mejores días de la Patria; era un sonar aturdido y loco, incesante y furioso a la vez.

Y entonces la aldehuela, espantada, pudo saber que la banda de herejes hugonotes había hecho presa en la casa de Dios.

—Abre, hermana... Corre...—Y sonaron recios golpes a la puerta.

—¿Lo traes?—interrogó ella, acudiendo ansiosa a la llamada.

—Sí,—exclamó el muchacho, cerrando con brío la puerta tras sí.

Su hermana cayó de rodillas.

Luego se levantó, encendió una candela y dijo:

—Ven, hermano.

Llegaron a la mejor pieza de la humilde casa; y la joven temblorosa de pasmo, iba repitiendo:

—¿Dónde os pondré, Señor, dónde os pondré?...

Y el muchacho, en pie, en medio de la estancia, temblaba también.



Fotografía de Valladolid (Madrid). — Congregación del N. Jesús de Praga del Colegio de HH. de las Escuelas Cristianas.

EL COPÓN DE ORO

...Y sucedió que sobre aquella graciosa aldehuela, que siempre se había creído a salvo, escondida como estaba en el fondo de un valle, lejos de caminos trillados, una tarde funesta, cayó, cual bandada de buitres, un turbión de herejes hugonotes.

Con ellos iban gentes que, sin ser hugonotes, gustaban de acudir a donde sabían que podía haber pillaje y robo.

Y todas las puertas y ventanas de la aldea se cerraron en señal de pavor; y los arados quedaron abandonados en medio de los campos; y las risueñas praderas se mustiaron al sentirse holladas por la pezuña de los malsines; y los corderillos, encerrados de prisa en los rediles, balaban medrosos, presintiendo la tempestad.

Y a poco de entrar en el poblado los herejes, y de henchir la triste soledad de las calles con sus gritos de amenaza y de insulto, la campana de la iglesia comenzó a tañer... Mas su tañido no era el tañido dulce de la oración, ni el grave de las fiestas solemnes, ni el tintineo alegre de los mejores días de la Patria; era un sonar aturdido y loco, incesante y furioso a la vez.

Y entonces la aldehuela, espantada, pudo saber que la banda de herejes hugonotes había hecho presa en la casa de Dios.

—Abre, hermana... Corre...—Y sonaron recios golpes a la puerta.

—¿Lo traes?—interrogó ella, acudiendo ansiosa a la llamada.

—Sí,—exclamó el muchacho, cerrando con brío la puerta tras sí.

Su hermana cayó de rodillas.

Luego se levantó, encendió una candela y dijo:

—Ven, hermano.

Llegaron a la mejor pieza de la humilde casa; y la joven temblorosa de pasmo, iba repitiendo:

—¿Dónde os pondré, Señor, dónde os pondré?...

Y el muchacho, en pie, en medio de la estancia, temblaba también.

—Pero, cuéntame, hermano... ¿Es qué no encontraste en su casa al señor cura?

—¡El cura está muerto de una cuchillada en medio de la plaza!... Esos perros le han asesinado junto al altar y luego lo han arrastrado hasta la calle... Han arrojado a los Santos de sus capillas, y a la estatua de la Madre de Dios le han apuñalado los ojos... Se vestían con las casullas tan hermosas... Y de un hachazo han abierto el tabernáculo... Habían acudido todos a él, como las avispas a la flor más brillante... Pero yo estaba en medio de ellos, me había metido en medio del grupo; me sentía valiente y decidido a todo... Cien zarpas se echaron sobre el Copón... Pero mi mano, aunque pequeña y débil, logró apoderarse de lo que aquellos demonios buscaban rabiosos y sacrílegos... ¡Es mía, es para mí—gritaba yo—me la he ganado!... Buscad más por ahí... Y logré escabullirme... Estaban borrachos de blasfemias... Mas El ya estaba a salvo... ¡Míralo!...

Y desabrochándose el juboncillo y desenvolviendo un pañuelo que llevaba en el seno, mostró a los ojos atónitos de su hermana una grande y blanquísima Hostia.

—¿Dónde os guardaré, Señor, dónde os guardaré?—exclamó la joven.

Hubiera querido tener una preciosa copa de oro y perlas donde depositarla, y finos paños de encaje en que envolverla, y una sala vestida de tapices para habitación suya... ¡Nada de eso tenía!...

Para capilla le daría aquella pieza santificada con las últimas comuniones de sus padres; para sagrario aquella recia arca de madera olorosa en que su madre guardaba siempre lo mejor de casa; para copón... Sí, en la cocina había un bonito vaso de cristal, ancho y tallado, tan bonito que nadie se atrevió jamás a usarlo.

Y cuando su hermano depositó en el vaso la Hostia consagrada, exclamó la joven radiante de alegría:

—Aquí, Señor, en este pobre asilo, permaneced en paz...

A la mañana siguiente, libre ya la aldea de hugonotes, acudió mucha gente a la casa en que Dios se había refugiado; y los ojos asombrados de todos contemplaron el raro prodigio: la Hostia permanecía blanca y pura, y el copón de cristal... era de oro.

Y decían las gentes que tal vieron:

—Así se tornarán de bellos nuestros corazones al contacto del Santísimo Sacramento, si para recibirlo se los ofrecemos limpios y transparentes como el cristal.

LE BRUN.



Verdadero retrato de Sor Teresita del Niño Jesús con su hermana Celina.

—Pero, cuéntame, hermano... ¿Es qué no encontraste en su casa al señor cura?

—¡El cura está muerto de una cuchillada en medio de la plaza!... Esos perros le han asesinado junto al altar y luego lo han arrastrado hasta la calle... Han arrojado a los Santos de sus capillas, y a la estatua de la Madre de Dios le han apuñalado los ojos... Se vestían con las casullas tan hermosas... Y de un hachazo han abierto el tabernáculo... Habían acudido todos a él, como las avispas a la flor más brillante... Pero yo estaba en medio de ellos, me había metido en medio del grupo; me sentía valiente y decidido a todo... Cien zarpas se echaron sobre el Copón... Pero mi mano, aunque pequeña y débil, logró apoderarse de lo que aquellos demonios buscaban rabiosos y sacrilegos... ¡Es mía, es para mí—gritaba yo—me la he ganado!... Buscad más por ahí... Y logré escabullirme... Estaban borrachos de blasfemias... Mas El ya estaba a salvo... ¡Míralo!...

Y desbrochándose el juboncillo y desenvolviendo un pañuelo que llevaba en el seno, mostró a los ojos atónitos de su hermana una grande y blanquísima Hostia.

—¿Dónde os guardaré, Señor, dónde os guardaré?—exclamó la joven.

Hubiera querido tener una preciosa copa de oro y perlas donde depositarla, y finos paños de encaje en que envolverla, y una sala vestida de tapices para habitación suya... ¡Nada de eso tenía!...

Para capilla le daría aquella pieza santificada con las últimas comuniones de sus padres; para sagrario aquella recia arca de madera olorosa en que su madre guardaba siempre lo mejor de casa; para copón... Sí, en la cocina había un bonito vaso de cristal, ancho y tallado, tan bonito que nadie se atrevió jamás a usarlo.

Y cuando su hermano depositó en el vaso la Hostia consagrada, exclamó la joven radiante de alegría:

—Aquí, Señor, en este pobre asilo, permaneced en paz...

A la mañana siguiente, libre ya la aldea de hugonotes, acudió mucha gente a la casa en que Dios se había refugiado; y los ojos asombrados de todos contemplaron el raro prodigio: la Hostia permanecía blanca y pura, y el copón de cristal... era de oro.

Y decían las gentes que tal vieron:

—Así se tornarán de bellos nuestros corazones al contacto del Santísimo Sacramento, si para recibirlo se los ofrecemos limpios y transparentes como el cristal.

LE BRUN.



Verdadero retrato de Sor Teresita del Niño Jesús con su hermana Celina.



Sor Teresita, modelo de amor al Niño Jesús

II

QUE diréis que fué la «Reinecita» cuando, libre ya de las prisiones del mundo, entró a velas desplegadas en el mar anchuroso del Carmelo? Lo que sería una gotita de agua al sumergirse en el océano. He aquí la imagen de la vida y de la muerte de Teresita; fué una gotita de agua en el piélago insondable del Amor de Jesús. En él se sumerge, en él se pierde voluntariamente, en sus profundidades quiere verse anegada, vivir, morir y perpetuarse más allá de la tumba. Pura como un ángel, sensible como las almas privilegiadas, sintiendo en su alma, henchida de ternuras, el anhelo infinito del que se ve desterrado de su patria y lejos del Dueño amoroso de su existencia, Teresita se lanza con ímpetu en su busca y, una vez hallado el que es embeleso de los ángeles y Amor de los Amores, en El hace su morada, a El sólo quiere entregarse, a El sólo amar y deleitar. Por eso veremos que la cuerda del amor a Jesús es la que con más intensidad vibra en su lira y que el Amor es su canto favorito, el que canta con más íntimas, apasionadas y maravillosas notas.

Pero, ¿no será más acertado que, en vez de poner yo mis manos pecadoras en relatar la historia de amor celeste de esta alma casi ideal, casi impalpable, transcriba solamente sus efusiones amorosas, dulces y tranquilas, ardientes e impetuosas?...

La dejamos en el artículo anterior a las puertas del monasterio de Lisieux. Abiertas éstas, «desde el momento, dice, que puse el pie en la clausura, mi primera mirada fué para mi encantador Niño Jesús, que me sonreía, rodeado de luces y de flores». Con tan feliz encuentro y entrada tan halagüeña, sintiendo aún en su alma la impresión celeste de la mirada y sonrisa de Jesús, exclamó, al verse sola ya en su celdita:

«Ya soy dulce prisionera
del Amor de mis amores,
ya no quiero yo más flores
que escuchar su amante voz;
ya, por fin, dejé la tierra,
las ansias, goces y anhelo,
y habitó este lindo cielo
para en él morir de amor».

A esta misma imagen del Niño Jesús, que para ella guardaba recuerdos encantadores, Teresita amaba con cariño especial y cuidó todos los días de su vida de adornarla con flores. Así le pagaba ella sus caricias, devolviéndole amor por amor; y como el amor era el tesoro más preciado de su alma, se lo ofreció todo entero.

¿Quieres mi cariño? aquí lo tienes...
Te lo entrego a Ti solo sin reservas...

¡Cuántas veces, de rodillas ante su adorable Jesús, le hizo total entrega de sí misma y suspiró:

«A ti toda me entrego,
Sólo un tesoro en esta vida guardo
amarte siempre...!»

Le place repetir este ofrecimiento de mil graciosas maneras hasta el día, en que, celebrados sus místicos desposorios, puede ser realmente de Jesús. «No quiero, continúa, que las criaturas posean un átomo de mi amor, quiero dárselo todo a Jesús, puesto que me hace comprender que sólo El es la felicidad perfecta. ¡Todo será para El, Todo! Y cuando nada tenga que ofrecerle, como acontece esta tarde, le ofreceré ésta misma nada». ¡Ah!, qué sed tengo de cielo, de aquella mansión feliz, donde se amará a Jesús sin reserva!... Hay que padecer para conseguirlo; pues bien, quiero padecer cuanto plazca a mi Adorado Bien, quiero dejarle hacer cuanto quiera con su *pelotita*.

Su noviciado, aun a pesar de las ausencias dolorosas de Jesús, había sido un coloquio de flagrantes y no interrumpidos amores. Mas, pronunciados ya sus votos y celebradas sus bodas divinas, crecieron inmensamente sus deliquios, sus entregas ardientes, sus desbordes amorosos. «Me creí, dice, en realidad una reina». Ahora sí que podía decir más ardorosa y realmente que antes:

«Jesús es para mí, mi amor, mi todo,
mi dicha de la tierra,
mi ensueño de los cielos,
mi Rey, mi flor, mi lirio y mi violeta...»



Sor Teresita, modelo de amor al Niño Jesús

II

QUE diréis que fué la «Reinécita» cuando, libre ya de las prisiones del mundo, entró a velas desplegadas en el mar anchuroso del Carmelo? Lo que sería una gotita de agua al sumergirse en el océano. He aquí la imagen de la vida y de la muerte de Teresita; fué una gotita de agua en el piélago insondable del Amor de Jesús. En él se sumerge, en él se pierde voluntariamente, en sus profundidades quiere verse anegada, vivir, morir y perpetuarse más allá de la tumba. Pura como un ángel, sensible como las almas privilegiadas, sintiendo en su alma, henchida de ternuras, el anhelo infinito del que se ve desterrado de su patria y lejos del Dueño amoroso de su existencia, Teresita se lanza con ímpetu en su busca y, una vez hallado el que es embeleso de los ángeles y Amor de los Amores, en El hace su morada, a El sólo quiere entregarse, a El sólo amar y deleitar. Por eso veremos que la cuerda del amor a Jesús es la que con más intensidad vibra en su lira y que el Amor es su canto favorito, el que canta con más íntimas, apasionadas y maravillosas notas.

Pero, ¿no será más acertado que, en vez de poner yo mis manos pecadoras en relatar la historia de amor celeste de esta alma casi ideal, casi impalpable, transcriba solamente sus efusiones amorosas, dulces y tranquilas, ardientes e impetuosas?...

La dejamos en el artículo anterior a las puertas del monasterio de Lisieux. Abiertas éstas, «desde el momento, dice, que «use el pie en la clausura, mi primera mirada fué para mi «cantador Niño Jesús, que me sonreía, rodeado de luces y de flores». Con tan feliz encuentro y entrada tan halagüeña, sintiendo aún en su alma la impresión celeste de la mirada y sonrisa de Jesús, exclamó, al verse sola ya en su celdita:

«Ya soy dulce *prisionera*
del Amor de mis amores,
ya no quiero yo más flores
que escuchar su amante voz;
ya, por fin, dejé la tierra,
las ansias, goces y anhelo,
y habitó este lindo cielo
para en *él morir de amor».*

A esta misma imagen del Niño Jesús, que para ella guardaba recuerdos encantadores, Teresita amaba con cariño especial y cuidó todos los días de su vida de adornarla con flores. Así le pagaba ella sus caricias, devolviéndole amor por amor; y como el amor era el tesoro máspreciado de su alma, se lo ofreció todo entero.

¿Quieres mi cariño? aquí lo tienes...
Te lo entrego a Ti solo sin reservas...

¡Cuántas veces, de rodillas ante su adorable Jesús, le hizo total entrega de sí misma y suspiró:

«A ti toda me entrego,
Sólo un tesoro en esta vida guardo
amarte siempre...!»

Le place repetir este ofrecimiento de mil graciosas maneras hasta el día, en que, celebrados sus místicos desposorios, puede ser realmente de Jesús. «No quiero, continúa, que las criaturas posean un átomo de mi amor, quiero dárselo todo a Jesús, puesto que me hace comprender que sólo El es la felicidad perfecta. ¡Todo seré para El, Todo! Y cuando nada tenga que ofrecerle, como acontece esta tarde, le ofreceré ésta misma nada». ¡Ah!, qué sed tengo de cielo, de aquella mansión feliz, donde se amará a Jesús sin reserva!... Hay que padecer para conseguirlo; pues bien, quiero padecer cuanto plazca a mi Adorado Bien, quiero dejarle hacer cuanto quiera con su *pelotita».*

Su noviciado, aun a pesar de las ausencias dolorosas de Jesús, había sido un coloquio de flagrantes y no interrumpidos amores. Mas, pronunciados ya sus votos y celebradas sus bodas divinas, crecieron inmensamente sus deliquios, sus entregas ardientes, sus desbordes amorosos. «Me creí, dice, en realidad una reina». Ahora sí que podía decir más ardorosa y realmente que antes:

«Jesús es para mí, mi amor, mi todo,
mi dicha de la tierra,
mi ensueño de los cielos,
mi Rey, mi flor, mi lirio y mi violeta...

Que para mí no hay más,
ni en la tierra ni en el cielo,
que el ardiente y puro anhelo
de agradarte a Ti, mi Bien.

Tú eres el rico tesoro
que llena mi corazón...
Tú me bastas, tuya soy.

Yo la imagino, bella y pura como es, al decir a Jesús tales ternezas, transformada en ángel; más adorable, tal vez; por-



Sor Teresita echando flores al Niño Jesús, (cuadro pintado por Fra Luigi).

que ¿a quién será comparable un alma que, revestida de carne, transpira así... tan purísimamente, a través de la materia, idealizándola, quiero decir, realzándola, y añadiendo nuevas lumbres

y primores a aquellos que brillaban en el rostro, puro, célico de Teresita? ¡Ah!... Juzgadla vosotros mismos y oídla:

Ardiendo tu amor en mí,
siendo Tú, mi único Dueño,
habré realizado el sueño
de mi dicha universal...

El vivo fuego... eres Tú
yo... la humilde mariposa,
yo... que anhelo temblorosa
en Ti abrazada... vivir...

Notaréis, sin duda, leídas estas estrofas, cierta semejanza de espíritu, amante e impetuoso, entre Teresita y su madre la gran Teresa. Al menos yo veo que esta herida de amor las hace suspirar de idéntica manera, invocar la muerte con los mismos impulsos amorosos y lanzarse después, para darle rienda y desahogo, al único alivio de amantes, el de padecer por el Amado, que también es sinónimo de amor. Así oímosla suspirar de nuevo:

«Sedienta estoy de amores,
calma mi sed, y en mi pecho aumenta
tus divinos ardores.
¡Sed tengo y me atormenta!...
¿Cuándo a tu lado volaré contenta?».

Con la misma fuerza y naturalidad expresa en prosa esta misma sed de amor y de muerte: «¡Oh!, Jesús mío, cuyo Rostro es la única hermosura que arrebató mi corazón, os suplico que imprimáis en mí vuestra semejanza divina, que me encendáis en vuestro amor, de tal modo que en breve me consuma». O de estas otras maneras no menos originales: «No tengo más que un solo deseo y es el de subir a la cima del Monte del Amor... He aquí el sueño de un granito de arena: ¡Sólo Jesús! ¡Solamente El!... El grano de arena es tan pequeño, que, si quisiese abrir el corazón a otro que no fuese Jesús, ya no quedaría lugar para este Amado Bien... ¡Jesús! ¡quisiera amarte tanto!... Amarte como nunca nadie te haya amado... Cueste lo que cueste, quiero recibir la palma de Inés ¡si no por el martirio de sangre, necesario es que sea por el Amor!...»

Esto es precioso, esto es encantador, se dirá; pues bien, así continúa ella en todas sus páginas, desahogando esa llama de amor que la consume. Quede resumido en esta estrofa deliciosa su pensamiento, su anhelo.

«Por sólo tus amores, Jesús, mi Bien Amado,
en Ti mi vida puse, mi gloria y porvenir.
Y yo que para el mundo soy una flor marchita,
no tengo más anhelo que... amándote... morir!...»

Que para mí no hay más,
ni en la tierra ni en el cielo,
que el ardiente y puro anhelo
de agradarte a Ti, mi Bien.

Tú eres el rico tesoro
que llena mi corazón...
Tú me bastas, tuya soy.

Yo la imagino, bella y pura como es, al decir a Jesús tales ternezas, transformada en ángel; más adorable, tal vez; por-



Sor Teresita echando flores al Niño Jesús, (cuadro pintado por Fra Luigi).

que ¿a quién será comparable un alma que, revestida de carne, transpira así... tan purísimamente, a través de la materia, idealizándola, quiero decir, realzándola, y añadiendo nuevas lumbres

y primores a aquellos que brillaban en el rostro, puro, célico de Teresita? ¡Ah!... Juzgadla vosotros mismos y oidla:

Ardiendo tu amor en mí,
siendo Tú, mi único Dueño,
habré realizado el sueño
de mi dicha universal...

El vivo fuego... eres Tú
yo... la humilde mariposa,
yo... que anhelo temblorosa
en Ti abrazada... vivir...

Notaréis, sin duda, leídas estas estrofas, cierta semejanza de espíritu, amante e impetuoso, entre Teresita y su madre la gran Teresa. Al menos yo veo que esta herida de amor las hace suspirar de idéntica manera, invocar la muerte con los mismos impulsos amorosos y lanzarse después, para darle rienda y desahogo, al único alivio de amantes, el de padecer por el Amado, que también es sinónimo de amor. Así oímosla suspirar de nuevo:

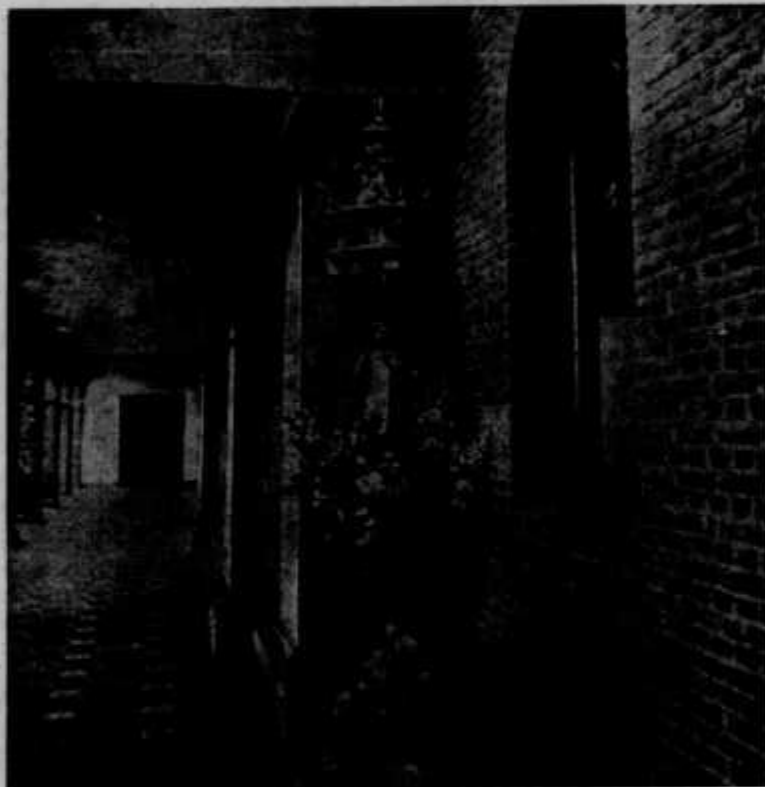
«Sedienta estoy de amores,
calma mi sed, y en mi pecho aumenta
tus divinos ardores.
¡Sed tengo y me atormenta!...
¿Cuándo a tu lado volaré contenta?».

Con la misma fuerza y naturalidad expresa en prosa esta misma sed de amor y de muerte: «¡Oh!, Jesús mío, cuyo Rostro es la única hermosura que arrebató mi corazón, os suplico que imprimáis en mí vuestra semejanza divina, que me encendáis en vuestro amor, de tal modo que en breve me consuma». O de estas otras maneras no menos originales: «No tengo más que un solo deseo y es el de subir a la cima del Monte del Amor... He aquí el sueño de un granito de arena: ¡Sólo Jesús! ¡Solamente El!... El grano de arena es tan pequeño, que, si quisiese abrir el corazón a otro que no fuese Jesús, ya no quedaría lugar para este Amado Bien... ¡Jesús! ¡quisiera amarte tanto!... Amarte como nunca nadie te haya amado... Cueste lo que cueste, quiero recibir la palma de Inés ¡si no por el martirio de sangre, necesario es que sea por el Amor!...»

Esto es precioso, esto es encantador, se dirá; pues bien, así continúa ella en todas sus páginas, desahogando esa llama de amor que la consume. Quede resumido en esta estrofa deliciosa su pensamiento, su anhelo.

«Por sólo tus amores, Jesús, mi Bien Amado,
en Ti mi vida puse, mi gloria y porvenir.
Y yo que para el mundo soy una flor marchita,
no tengo más anhelo que... amándote... morir!...»

Y de amor murió, ya que su muerte no fué más que la cima y coronamiento de una vida que se consumió junto a la llama del amor. «Yo os amo, Jesús mío, os amo». Pronunciando estas palabras despertó a la eternidad. ¿No era así co-



Altar del Niño Jesús adornado por Sor Teresita en el claustro del Carmelo de Lisieux.

mo ella quería morir? ¿No era esta la muerte que pedía a Jesús cuando decía:

«Entra en mi corazón, ¡Rey del Sagrario!,
ya lo ves palpar sólo por Ti,
y luego... nada más!... Seré dichosa
si me dejas, mi Bien, de amor morir?».

• • •

Su vida y su muerte son la expresión fiel de la idea que

ella se formó de la santidad. «Mi camino, había dicho, es de confianza y de amor, y no comprendo a los que temen a tan gran Amigo. En cuanto a mí, pareceme la perfección muy fácil de practicar, porque he comprendido que sólo se necesita ganar a Jesús por el corazón». Jesús se encarga entonces de subirnos a la cumbre de la santidad en sus divinos brazos, como una madre cariñosa. Es esta la más gráfica manera, el camino nuevo, originalísimo suyo, de que se vale, para escalar el monte donde habitan las almas perfectas. «El Ascensor que ha de elevarme hasta el cielo, son vuestros brazos, ¡oh Jesús!» Como fina amante, llama enseguida, en apoyo del amor, el padecer, que, aunque duro y costoso, es medio necesario y, a la postre, deleitable. «Jesús, dice, es un Esposo de sangre; para Sí toda la sangre de nuestro corazón. Mucho cuesta darle cuanto pide, pero, qué gozo que esto cueste tanto! ¡Qué felicidad poder llevar nuestras cruces, aunque sea débilmente...! Sólo una cosa debe hacerse acá abajo: obsequiar a Jesús con las flores de los pequeños sacrificios, ganarle con caricias!...». Dos cosas que deben ir siempre unidas en la tierra: sufrir y amar; porque

*Vivir de amor jamás será en la tierra
fijar en el Tabor nuestra morada,
es más bien con Jesús ir al Calvario,
y la cruz, cual tesoro, contemplarla.*

Con esto, Teresita había realizado su sueño, su ideal, su cielo en la tierra: amar a Jesús, hacerle amar y padecer por Él. Pequeñita, pura, amante ¿quién ha derramado tanto perfume y poesía en sus castos amores a Jesús? ¿quién jamás ha presentado el camino espinoso que conduce a la íntima familiaridad de Jesús tan atractivo, tan deleitable, tan encantador? ¿dónde encontrar en esta tierra de pecado un alma que más se asemeje a Jesús y que le haya amado en su adorable infancia tan acabada y deliciosamente? Teresita ceñirá en el cielo una corona de flores y llevará en sus manos la palma victoriosa de haber amado y hecho amar a Jesús como ninguna otra alma. ¡Que el perfume de sus amores y el eco de sus palabras sea lo último que se oiga y se aspire al terminar este articulito dedicado a su amor al Niño Jesús:

Tu corazón se ha dignado
hacer de mí su morada;
en mi pecho está grabada
tu dulce y sangrienta Faz;
sentí el beso de tu boca;
por tu dardo estoy herida...
¡Mi Jesús, tuya es mi vida...
sólo sé morir y amar!...

FR. LAZARO DE LA ASUNCION, C. D.

Y de amor murió, ya que su muerte no fué más que la cima y coronamiento de una vida que se consumió junto a la llama del amor. «Yo os amo, Jesús mío, os amo». Pronunciando estas palabras despertó a la eternidad. ¿No era así co-



Altar del Niño Jesús adornado por Sor Teresita en el claustro del Carmelo de Lisieux.

mo ella quería morir? ¿No era esta la muerte que pedía a Jesús cuando decía:

«Entra en mi corazón, ¡Rey del Sagrario!,
ya lo ves palpar sólo por Ti,
y luego... nada más!... Seré dichosa
si me dejas, mi Bien, de amor morir?».

• • •

Su vida y su muerte son la expresión fiel de la idea que

ella se formó de la santidad. «Mi camino, había dicho, es de confianza y de amor, y no comprendo a los que temen a tan gran Amigo. En cuanto a mí, paréceme la perfección muy fácil de practicar, porque he comprendido que sólo se necesita ganar a Jesús por el corazón». Jesús se encarga entonces de subirnos a la cumbre de la santidad en sus divinos brazos, como una madre cariñosa. Es esta la más gráfica manera, el camino nuevo, originalísimo suyo, de que se vale, para escalar el monte donde habitan las almas perfectas. «El Ascensor que ha de elevarme hasta el cielo, son vuestros brazos, ¡oh Jesús!» Como fina amante, llama enseguida, en apoyo del amor, el padecer, que, aunque duro y costoso, es medio necesario y, a la postre, deleitable. «Jesús, dice, es un Esposo de sangre; para Sí toda la sangre de nuestro corazón. Mucho cuesta darle cuanto pide, pero, qué gozo que esto cueste tanto! ¡Qué felicidad poder llevar nuestras cruces, aunque sea débilmente...! Sólo una cosa debe hacerse acá abajo: obsequiar a Jesús con las flores de los pequeños sacrificios, ganarle con caricias!...». Dos cosas que deben ir siempre unidas en la tierra: sufrir y amar; porque

*Vivir de amor jamás será en la tierra
fijar en el Tabor nuestra morada,
es más bien con Jesús ir al Calvario,
y la cruz, cual tesoro, contemplarla.*

Con esto, Teresita había realizado su sueño, su ideal, su cielo en la tierra: amar a Jesús, hacerle amar y padecer por Él. Pequeñita, pura, amante ¿quién ha derramado tanto perfume y poesía en sus castos amores a Jesús? ¿quién jamás ha presentado el camino espinoso que conduce a la íntima familiaridad de Jesús tan atractivo, tan deleitable, tan encantador? ¿dónde encontrar en esta tierra de pecado un alma que más se asemeje a Jesús y que le haya amado en su adorable infancia tan acabada y deliciosamente? Teresita ceñirá en el cielo una corona de flores y llevará en sus manos la palma victoriosa de haber amado y hecho amar a Jesús como ninguna otra alma. ¡Que el perfume de sus amores y el eco de sus palabras sea lo último que se oiga y se aspire al terminar este articulito dedicado a su amor al Niño Jesús:

Tu corazón se ha dignado
hacer de mí su morada;
en mi pecho está grabada
tu dulce y sangrienta Faz;
sentí el beso de tu boca;
por tu dardo estoy herida...
¡Mi Jesús, tuya es mi vida...
sólo sé morir y amar!...

FR. LAZARO DE LA ASUNCION, C. D.



La Orden Carmelitana en el Perú

IV

CENTRABA en su último tercio el siglo XVII. La Provincia Carmelitana de San Alberto en Méjico celebraba alborozada el primer centenario de su fundación, exhibiendo con justo orgullo las listas interminables de sus preclaros religiosos y los anales edificantes y prestigiosos de su historia. Queriendo extender su radio de acción por sudamérica, enviaron en viaje de exploración espiritual al Rdo. P. Fr. Martín de la Cruz y tan grata impresión recibió en su acelerado paso por estas fértiles regiones que en su viaje a España, se presentó ante el P. General, Fr. Juan de la Concepción y sus Definidores y «les informó del grande aparato que había visto en la reinos de Quito y Santa Fe, para una gloriosa propagación de la Orden; de la amenidad de sus países, de la abundancia de sus frutos, de la riqueza de sus minas de oro, de la liberalidad de sus habitantes, de la docilidad y robustez de sus criollos españoles para la vida austera y penitente; mostróles demarcadas de su mano las principales poblaciones capaces de fundación...». (Ms. del Archivo de los Carmelitas Descalzos de Toledo).

Ya desde algún tiempo anterior a estos sucesos, los devotos de nuestra Madre Santísima la Virgen del Carmen a una con nuestras Madres Carmelitas recién establecidas en la ciudad de Lima, trabajaban lo indecible por la venida de nuestros Padres al Perú.

Con este fin habían colectado algunas limosnas hasta la cantidad de ochocientos tres pesos. También en el Ecuador, D. José de la Mata ofreció, por escritura pública quinientos pesos a condición de que se fundara en Latacunga.

Vistas estas favorables disposiciones, los Superiores resolvieron que la Provincia del Espíritu Santo en Castilla la Nueva, se encargara de mandar una expedición de religiosos en tentativa de establecer una provincia carmelitana en el Perú, como la había en Méjico.

El 3 de setiembre de 1687, se embarcaban en Cádiz, con rumbo al virreinato del Perú, que comprendía las actuales repúblicas de sudamérica bañadas por el mar Pacífico, cuatro

Padres y un hermano lego. Después de cuarenta y cinco días de navegación, llegaron a Puerto Rico y escalando y deteniéndose en varios puertos, vinieron caleteando por el mar de Las Antillas hasta dar en la bahía de Honduras. Atravesaron en cabalgaduras el istmo formado por las actuales repúblicas de Honduras, Guatemala y San Salvador, y volvieron a embarcarse en Sonsonate. (Pueden verse las peripecias y episodios de este viaje en la relación cuya copia viene publicando *El Monte Carmelo* desde 1919).

Entre tanto habían dispuesto los Superiores de España que vinieran de Méjico cuatro Religiosos para agregarse a la expedición. Se encontraron en Realejo, puerto de Nicaragua, y prosiguieron juntos el viaje ambas expediciones hasta llegar al término de su peregrinación marítima en la bahía de Santa Elena, límite norte del Golfo de Guayaquil. Desembarcaron el 23 de Octubre de 1678, habiendo empleado en el trayecto que hoy se hace en catorce días, cerca de catorce meses. Desde aquí prosiguieron su viaje, parte por vía fluvial, parte por bosques y montañas escarpadas, hasta llegar a Latacunga el 18 de Noviembre.

Está situado Latacunga a dos jornadas de Quito y lo poblaban en aquel tiempo unos cinco mil habitantes, entre indios, mestizos, y algunos españoles. Pueblo tranquilo y agricultor, estaba rodeado de vallecillos que le proporcionaban todo lo necesario para una vida sin etiquetas ni boatos.

Ya los PP. Dominicos, Franciscanos, Agustinos y Jesuítas, tenían establecidas, desde algún tiempo, sus respectivas residencias y las Madres Carmelitas poseían también un regular convento.

Nuestros Padres se instalaron provisionalmente en unas casuchas llamadas de Vergara, entretanto se levantaba el verdadero convento. Pronto se les agregaron, venidos de España, otros siete religiosos.

Constituida en forma la nueva Comunidad bajo la dirección del P. Fr. Diego de San Elías, emprendieron con empeño las obras del futuro convento ayudados por nuestras Madres, don José de la Mata y otras personas piadosas. Mas, con todo el entusiasmo y buen celo que los animaba, no pudieron dejar de comprender que su estancia en aquella región no podría prolongarse mucho tiempo. La escasez de alimentos llamados cuaresmales les hacía imposible la observancia de la perpetua y rigurosa vigilia, punto tan trascendental de nuestra santa Regla. A esto se agregaron tantas otras dificultades de carácter espiritual y material, que se vieron obligados a elevar una detallada información a los Superiores de España.

Un suceso inesperado vino a resolver por sí mismo el estado crítico de la reciente fundación. El 20 de Junio de 1698

hubo un terremoto que arruinó casi por completo la ciudad junto con las incipientes obras del Convento. Nuestros religiosos hubieron de refugiarse bajo chozas de paja y de totora hasta que las órdenes de nuestros Superiores de España y la cédula real del 22 de enero de 1704 les obligaron a abandonar la fundación y salir del Ecuador para ir a Méjico.

Por este mismo tiempo se fundaron dos conventillos, uno en Popayán, de Colombia, y otro en Lima.

Frustradas estas tentativas de establecer una nueva Provincia Carmelitana en el Perú, parece que no se volvió a tantear de nuevo en los dos siglos siguientes, llenos de trastornos político-religiosos que dieron bastante en qué entender a nuestros Superiores, sin darles tiempo ni humor para probar fortuna con nuevas expediciones. Sólo se tiene noticia de alguno que otro religioso carmelita, que ya expulsado de Méjico, ya con el fin de coleccionar limosnas, recorrieron estos pueblos.

Ya en 1683, el P. Fr. Francisco de la Natividad había hecho una jira en postulación para la Beatificación de Nuestro Padre San Juan de la Cruz, recogiendo, sólo en el Perú, la respetable suma de catorce mil pesos.

A fines del siglo XVIII, aparece en Ayacucho el P. Antonio de San Pedro de Alcántara que, huyendo de la persecución religiosa de Méjico, se refugió al amparo de nuestras Madres, siendo su confesor por varios años hasta su muerte plácida y edificante en 11 de abril de 1797.

FR. JUAN DE LA CRUZ, C. D.

En unos exámenes.

El presidente. — ¿Que le daría V. a una persona que hubiese tomado una gran dosis de arsénico?

El examinado, después de reflexionar un poco:

— La extenuación!

— ¿Cuántas son las siete Partidas?

— Las siete... ¿partidas? Pues catorce.

Buena venganza

El Tasso, uno de los mejores poetas de Italia del siglo XVI, tenía muchos envidiosos de su gloria. Las insinuaciones pérfidas de un calumniador dieron por resultado poner al gran hombre en la prisión. Los amigos del Tasso se apresuraron entonces a revelar una vergonzosa acción de su enemigo y le instaron a que la publicase como medio de desacreditar al que le había calumniado.

— No, respondió el Tasso, no quiero quitarle ni el honor ni la vida; quisiera solo quitarle la voluntad de hacer mal; esta sería mi única venganza.

— ¿Qué respuesta más hermosa! Grabadla en vuestro corazón.



He blasfemado de Dios, y ¿qué mal me ha venido?

Asi se lo creía el feroz agitador de la época de la Revolución francesa, Mr. Robespierre. Había apostatado de la fe de sus mayores, negaba a Dios, se mofaba de Dios, le blasfemaba. Creía que de esto no sólo no le había de venir ningún mal, sino que, al contrario, estaba en la persuasión de que, arrancando del alma del pueblo la idea de Dios, de la otra vida; ahogando la conciencia cristiana, el pueblo se embrutecía; y un pueblo embrutecido se presta a toda clase de explotaciones, y a ese pueblo embrutecido pueden utilizarle como pedestal de su encumbramiento hombres como Robespierre. Aquella orgía de sangre y de pillaje por la que tuvo que pasar su país, le enseñó a Robespierre que había ido demasiado lejos; llegó una hora en que hubiera querido encadenar la fiera. Vino un día en que Barras y sus soldados resolvieron acabar con aquello, precipitándose sobre la Cámara de Diputados que desalojaran todos apresuradamente el salón.

Después de muchas pesquisas, dieron con Robespierre, que se había metido en una ratonera. Sorprendieronle en un rincón oscuro, temblando como un azogado aquel hombre que había hecho temblar a Francia, y que decía no temer ni al mismo Dios. Un gendarme, de quien se había servido para prender a gentes que no habían cometido otro delito que el de creer en Dios, le disparó dos pistoletazos. Robespierre cayó bañado en sangre, destrozada la mandíbula. Los demás compañeros de Robespierre, Saint-Just, Lebon, Couton, etc., fueron presos o muertos.

A las dos de la madrugada, el Terror, que había echado

sobre Francia un velo sombrío, a pesar del color de sangre de que estaba impregnado, había caído aplastado bajo el desprecio de la nación que despertaba de aquel horrible letargo.

Se trasladó al herido a un lugar que había de evocarle téticos recuerdos, al Comité de Salud Pública, y allí, en la sala de audiencias, fué puesto su cuerpo sobre unas tablas. Un cubo de hojalata, colocado bajo su cabeza, recogía la sangre



que manaba de la mandíbula. Allí estuvo inmóvil, como un muerto, por espacio de más de una hora.

Hubo algo que torturó su alma aun más que la dolorosa herida. Sin poder hablar, inmóvil sobre aquellas tablas, tenía que oír los insultos de padres, madres, esposas, hermanos, hijos de aquellos que habían sido víctimas de su ferocidad.

Acercóse al herido un hombre del pueblo, ya de alguna edad, contempló a Robespierre con un mirar de ira concentrada, y le tomó el brazo, diciendo:

—¡Robespierre, Robespierre! ¿Me oyes?—

El herido no contestó, y el hombre aquel soltó su brazo exclamando:

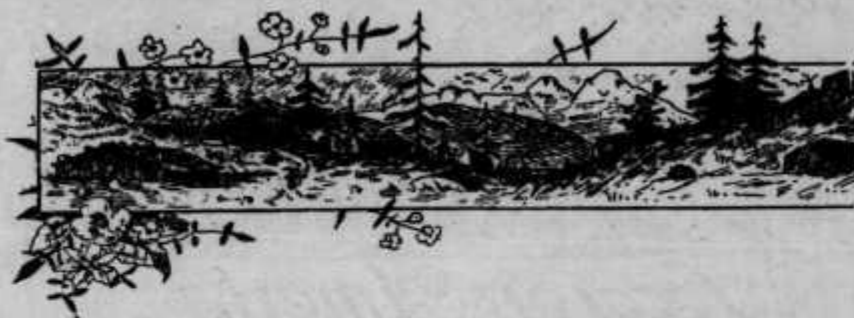
—¡Tengo que decirte que hay un Dios!

I. G.

Entre pintores —He pintado — dice uno de ellos — una tabla de madera imitando mármol y me ha salido tan bien, que la eché al río e inmediatamente se fué a fondo

—¡Bah! exclama otro —. Días atrás coloqué un termómetro junto a mi paisaje, que representa las regiones polares, y en el acto se puso a 30 grados bajo cero.

—Pues eso no es nada concluye el tercero comparado con lo que a mí me ocurre. El retrato que pinté de Felipe II está hecho tan al vivo, que hay que afelarlo dos veces por semana



LITERARIA

NOCTURNO

DIALOGO

Silencio!... En la arboleda
canta ya el ruiseñor que allí se esconde.

¡Silencio!... Dulce y queda
la voz del alma a su cantar responde.

—Al mundo oscurecido
descubre sus tesoros el espacio.>

—En sombras y en olvido
abre el Amor su místico palacio.>

—Las vírgenes estrellas
besan el suelo con su luz de oro.>

—Más puras son y bellas,
más hondas las miradas del que adoro

—Súave es el rocío
sobre las hojas de sedientas flores.>

—Súave al pecho mío
el llanto del Amor de los amores.>

—¡Oh noche! ¡Oh poesía!
¡Oh sueño encantador de lo creado!>

—¡Oh mares de ambrosía!
¡Oh sombra dulce de mi dulce Amado!>

—Grande es la voz que labra
con su poder el universo mundo.>

—¡Más grande es la palabra
de mi Amor densangrado y moribundo!>

.
.
.

Sus cantos a porfía
asceta y ruiseñor así alternaron;
y hasta rayar el día
bosques, ondas y cielos escucharon.

M. COSTA Y LLOBERA

Un chiquillo hace grandes esfuerzos para llegar a la campanilla de una puerta. Compadecido un transeunte, le levanta para que pueda tocar, y el chico tira con fuerza del cordón. Luego volviéndose al compasivo transeunte, le dice con gesto malicioso:

—Ahora ya podemos echar a correr, porque va a salir el portero.



La moda a las puertas del cielo

INESITA llegó a su casa cansadísima; tomó una taza de té y se acostó.

Apenas había pescado el sueño, se le apareció una mujer escuálida de rostro lívido y vestida de negro.

—¿Qué busca V. aquí? le preguntó asustada Inésita.

—Te busco a ti.

—¿A mí? ¡Pero si yo no la conoco a V. señora!

—No importa; estoy acostumbrada a que me desconozcan mucha gente, y eso que todo el mundo debiera esperarme.

—¿Quién es V.?

—La muerte.

Inés se estremeció y sintió que se le helaba la sangre en el cuerpo, pero tuvo ánimo para decir:

—¿No puede V. volver otro día... dentro de cien años, por ejemplo?

—Imposible; con que vístete y varros.

La joven, porque Inés era muy joven, echó una ojeada a su propia conciencia y, como no vió en ella nada que la causara temor, se conformó... a la fuerza, como se conforma aquel a quien ahorcan, y se dispuso a obedecer. Después de todo no le vendría mal ponerse el traje, porque al lado de la dama enlutada hacía un frío glacial.

Se colocó, pues, el vestido ajustado, que parecía la manguilla de una parroquia y, mientras se abrochaba corchetes y botones, pensó:

—Esto es nuevo completamente para mí. Yo creía que para ir al otro mundo no hacía falta ropa alguna... pero cuando la muerte me dice que me vista, será la costumbre.

Terminó de vestirse y dijo: Ya estoy.

Todavía no. Te falta el sombrero. ¿Sombrero también?

—No es justo que una señorita a la moda camine por esos mundos destocada.

Tomó Inés su sombrero, que parecía una palangana, y se colocó el enorme artefacto sobre la mollera.

Apenas estuvo lista la joven, la tomó en sus brazos la mujer enlutada y, de un vuelo, la colocó al pie de una cuesta estrecha y empinada.

—No tienes más que subir, le dijo. Al fin de la cuesta se halla la puerta del Cielo.

—Yo me figuré que iría sobre alguna nube; si hubiera sabido que tendría que subir esa pendiente tan áspera, hubiera avisado un coche.

—¡Qué coche ni que automóvil! Por ese camino no transitan los carruajes; por aquí todo el mundo va a pie, el pobre y el rico. Este es el terreno de la igualdad. Ea, anda para arriba y adios; ya no nos veremos más.

—¿Pero me va V. a dejar sola?

—¡Vaya una necesidad la que tienes de ir acompañada! Sigue solita la senda, que yo hago falta en otra parte. Y, diciendo esto, desapareció.

Inés comenzó a caminar haciendo examen de conciencia, a ver si encontraba algo que le impidiera entrar en el cielo; pero, con alegría suya, hallaba sólo faltas leve.

La senda se veía bastante concurrida. Subían y bajaban hombres, mujeres y niños. Los que subían llevaban en los rostros pintada la esperanza. Los que descendían, unos reflejaban en sus semblantes el dolor resignado; otros el terror y el espanto, muchos de ellos blasfemaban.

—¡Ave María Purísima!, exclamaba Inés, santiguándose, cada vez que llegaba a sus oídos alguna barbaridad de algún condenado, y seguía el camino áspero con grandes dificultades, porque... ¡mire usted qué demonios de enaguas trabadas, que no le permitían echar el paso con entera libertad!...

De repente, en medio de la senda, se presentó un charco cenagoso que le atravesaba de un lado a otro.

¡Buena dificultad estaba! ¡Culquiera pasaba aquello sin mancharse los zapatos! ¡Como no se diera un salto! Y un salto daban las demás personas que iban por la senda. Inés se dispuso a hacer lo mismo, pero al doblar las piernas para saltar, se lo impidió la endiablada falda.

Lo peor era que no había que pensar en rodear el charco, porque el camino subía entre dos acantilados.

—¡Tendría que ver el que tuviera que quedarme aquí! ¡Malditas enaguas!...

Pensó quitarselas, pero le dió vergüenza. ¡Era tanta la gente que pasaba!...

Por fin, se decidió a saltar como pudiera, y... ¡paf! en medio del cielo cayó. ¡Y que cielo más pegajoso! ¡Apenas le costó trabajo salir de él! ¡Y como salló! Los zapatos sucisimos, el traje salpicado de lodo... ¡un horror!...

—¡Decente voy para presentarme a San Pedro! pensó afligida. Y ya a san Pedro lo divisaba desde allí.

Había en lo alto una puertecilla estrecha, y, detrás, una especie de antesala donde se distinguía un estante lleno de libros, una mesa y al Santo Apóstol, que, con las gafas puestas y sentado en amplio sillón, despachaba gente; unas para adentro y otras para afuera.

De pronto, San Pedro se levantó, y en su venerable rostro se dibujó el asombro. Puso su diestra mano sobre los ojos, a guisa de pantalla, y miró hacia la cuesta.

Una mujer con traje de percal y mantón de Manila, que había subido ligera la cuesta, murmuró.

—Señor San Pedro, despácheme ya, que tengo prisa. pero el Santo Apóstol no la oyó.

Fijos sus ojos en la senda, pareció cada vez más asombrado. Se quitó las gafas, limpió los cristales, se las volvió a poner y volvió a mirar.

—¡Madre mía del Carmen! exclamó. ¿Qué estoy mirando? ¿Es un velador, un paraguas abierto que anda solo?

—Es una señorita a la moda, dijo la mujer del traje de percal. Pero ¡por Dios y por todos los Santos! despácheme ya.

—¡Vaya! ¡no tanta prisa! refunfuñó San Pedro. Bastante ha esperado el Señor tu conversión; de modo que bien puedes esperarle tú a El unos añitos. Anda al Purgatorio y Dios te bendiga.

La mujer dio gracias al Santo y comenzó a bajar la cuesta entonando alabanzas al Redentor del género humano.

San Pedro no apartaba su vista de la cuesta. Cuando Inés llegó, murmuró el anciano:

—¡Vaya un mamarracho!... ¡Y no viene ceñidita, que digamos, la muy puerca!...

—¿Se puede pasar?, pregunto Inés.—Haga V. la prueba.

La joven avanzó y metió un pie dentro de la ante sala de la Gloria, pero ¡ay! que la puerta era estrecha para su sombrero, y por más esfuerzos que hacía, no lograba meter la cabeza.

San Pedro sonreía con cara chusca, y al fin dijo:

—¿A quién se le ocurre venirse con ese armatoste sobre la coronilla?

—No se incomode V., señor San Pedro... esta era la moda, y por presentarme dignamente... replicó, muy apurada Inés,

—¿Dignamente?, refunfuñó el santo portero frunciendo el entrecejo. Ya te lo diré yo clarito.

—Verá V. en cuanto me quite las agujetas...

—No hace falta. Estése V. ahí fuera que desde ahí puede contestar a mis preguntas.

Quedóse resignadamente Inés fuera de la puerta, con su traje escurrido y estrecho y salpicado de lodo, y su sombrero del tamaño de un capacho de aceitunas, cuando le preguntó San Pedro: Vamos a ver, ¿como se llama V.?

—Inesita... Inesita Rebollo...

—Rebollo... Rebollo... repetía el Apóstol, hojeando un librote que tomó del estante. Aquí está. Y leyó. «Inés Rebollo y Villalonga, hija legítima de Cándido y de Torcuata. Edad diecinueve años. Hizo su primera Comunión a los diez...»

—Perfectamente. ¿Y qué desea?

—¿Qué he de desear, señor? Entrar en la Gloria.

—Me parece que va a ser difícil con ese sombrero y con ese traje. ¡Pero, señor, considere que yo he llevado una vida piadosa!

Así, así...

—No, señor; nada de así, así, créame V. Oía Misa casi todos los días.

—¿Con ese traje?

Inés hizo como que no le oía.

—Comulgaba con frecuencia.

—¿Con ese traje? repitió San Pedro.

—¿Pues cómo quería V. que fuera, si así era la moda.

—¡Con la moda del recato! dijo enérgicamente el bendito portero. Inés se echó a llorar, pero no consiguió que San Pedro desarrugara el ceño, y eso que su alma grande era muy propensa a la compasión. Sin duda, algo muy malo veía en la joven, cuando su indignación no se calmaba.

—La muchachita sollozando dijo:

—¡Dios mio; yo que soy Hija de María, verme tratada así por un Santo!

El inmortal Apóstol no pudo contener su enojo, y dando un golpe sobre el libro que tenía delante, exclamó:

—¿Usted Hija de María?... ¡Ni prima lejana!...

—¡Señor!

—¡Hija de María! ¿Y se atreve a decirlo delante de mí? ¡De María!... es decir, del mismo pudor, del recato personificado, de la honestidad purísima... ¿Y me lo dice con ese traje que le ciñe el cuerpo; que descubre o deja entrever lo que la pureza y el honor ocultan? ¡Hija de María, una mujer que se ha presentado así luciendo por calles y plazas,

por teatros y paseos, por templos y por salones, cosas que la vergüenza me obliga a callar!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! repetía Inés, llena de dolor y confusión.

—Escuche, atienda a lo que dice este libro en la página que a V. se refiere. Y el Apóstol leyó: «Malos pensamientos. Malos deseos. Todo en enormes cantidades.»

—¡Oh no! ¡eso no! replicó con viveza Inés. Mis deseos fueron siempre honrados; mis pensamientos puros.

—Los de V. sí, pero ¿y los que ocasionaba a los demás? ¿Se figuró que las gentes andaban por el mundo con vendas en los ojos? ¿Creyó que Dios la había dotado a V. de gracia y de belleza para que sirviera de acicate del pecado?... ¿Se imaginó que los hombres eran de corcho?... Oiga, oiga lo que sigue diciendo el libro.

Y San Pedro volvió a leer: «Desacatos a Su Divina Magestad, innumerables.»

—Yo siempre he estado con recogimiento y piedad en la iglesia.

—Pero dígame, insensata, ¿es ese el traje decoroso con que debe presentarse la criatura ante su Redentor? Pero infeliz, ¿no había espejos en su casa? ¿Es que no veía lo indecente que iba?

—Si lo hubiera visto, señor, no hubiera vestido así.

—¡Oh ceguera de la vanidad humana! ¡Que una virgen llena de candor sea piedra de escándalo, sin conocerlo! ¡que se mire y no se vea ¡que vaya como desnuda, y crea que va vestida!... ¡Oh estupidez de cabezas frívolas, que convierte a personas honradas en imitadoras de meretrices francesas, que sacan las modas a la medida de sus gustos y aficiones! ¡No puede pasar eso por las puertas del cielo!...

—Bien pasó, se permitió decir Inés, la mujer que llegó aquí antes que yo y que fué al Purgatorio.

—¿Y que?, preguntó San Pedro, algo picado, por parecerle que la joven dudaba de la justicia de su fallo.

—Que cuando al subir pasó por mi lado, iba diciendo: «¡Piedad, Dios mío, soy una mala mujer!»

—Pero V. ignora que esa mujer no conocía a Dios, y cuando le conoció le amó. Usted no sabe que ella no vió en su casa sino malos ejemplos desde que nació a la vida; que fue lanzada al precipicio por sus propios padres y que la desgraciada murió en un hospital entre agudos dolores, resignada con su enfermedad, pidiendo a Dios perdón y misericordia, y con el corazón lleno de profundo arrepentimiento. Ella no tuvo padres tan piadosos como los de usted,—por supuesto ya éstos verán los linternazos que les pegan en el infierno por haber permitido que fuera V. por esas calles... así... tan a la intemperie...

Inés, avergonzada, se acultó el rostro con las manos

—La mujer que V. dice, prosiguió implacable San Pedro, no sabía

como V., la doctrina cristiana, ni confesaba, ni comulgaba, y, por lo tanto, no recibía la gracia que V., que lo hacía con frecuencia. Ella es cierto que no iba a la iglesia, pero tampoco profanaba los templos con trajes deshonestos; ni se llamaba, como V., Hija de María. Era una ignorante, una pervertida por la mala educación que le habían dado y los malos ejemplos que había visto, y sin embargo, cuando volvió sus ojos a Dios, reconoció sus faltas, se confesó y lloró sus pecados. Dígame, ¿que hubiera sido esa mujer, de recibir la gracia de Dios que V. recibía? Una santa ¿no es eso? Pues eso será cuando salga del Purgatorio. Pero V.... ¡usted! fuente de los malos deseos de muchas personas; V., escultura de carne que se mostró impúdica a la mirada del mundo, desperdiciando los raudales de la gracia divina que diariamente descendían sobre su alma; V., y ¡váyase de aquí al momento! ¡váyase, que yo no la vea con ese traje salpicado de lodo!

—Inés, con el corazón encogido, pudo apenas replicar.

—¡No me despida V. así!... este lodo fué de un charco que había en el camino...

—Ese lodo lo forman los pecados de los demás, que salpicaron a V. por su propia causa. Aquí cada uno trae sus pecados encima, y V. los trae en esa forma. ¡Váyase, le digo!

La joven, sollozando amargísimamente, exclamó uniendo sus manos:

—¡Y, sin embargo, Dios mío, yo no estoy condenada, porque yo te amo, y los condenados no aman!...

Con su mano blanca como la cera, se rasgó la chaquetilla del traje y aprisionó entre sus dedos el escapulario de la Virgen del Carmen que llevaba pendiente al pecho.

—¡Madre mía del Carmen, dijo, ven en mi socorro!

Ver San Pedro el escapulario y desarrugársele el entrecejo, todo fué uno.

—¡Diantre! ¡diantre! exclamó. Ese el escapulario de mi madre... A ver a ver; espera un poco.

Tocó un timbre y se presentó un Angel.

Ve y dile a la Reina, le dijo San Pedro, que aquí hay una devota suya que trae el escapulario del Carmen, pero que se ha venido con un trajecito y con un sombrero, que no hay quien lo mire con paciencia

Y mientras el Angel se fue a llenar su cometido, el celestial portero murmuró:

—¡Mire V. la moda que inventó el diablo para cazar tontas! Con que le quitarán tela al sombrero y se la añadieran al traje, todo iría bien...

A poco volvió el Angel y dijo:

—La Reina Inmaculada ha conseguido de su Santísimo Hijo que esa devota suya vuelva a la vida, ya que es imposible que éntre con ese lodo en el Paraíso; pero tenga entendido: Primero, que ha de referir cuanto ha visto, procurando así evitar el escándalo que está dando en el mundo con esa moda maldita; y segundo, que si vuelve a usar modas que atenten al pudor y al recato, no entrará jamás en el cielo.

—Ya lo oyes, Inesita Rebollo, le dijo San Pedro. La palabra de Dios no falta nunca. Vete, pues, y si quieres salvarte, guarda los Mandamientos, lo mismo el primero que el sexto, que el octavo; y si deseas pasar por elegante, pon de moda el ropaje que usó la Santísima Virgen cuando andaba por el mundo, que ese sí que era honesto y decente...

Sobresaltada se despertó Inesita Rebollo. Era día claro, y por las rendijas del balcon se filtraba la luz. Lo primero que vieron sus ojos sobre una silla, fué el vestido trabado que usó el día anterior.

Saltar de la cama, tomarlo de la silla y hacerlo jirones con sus manos fué cuestión de un momento.

Luego se fijó en el enorme sombrero que cubría toda la mesa en que se hallaba. Lo arrojó al suelo y lo pisoteó.

Después se vistió con la ropa más decente y honesta que pudo encontrar, y llamo a su madre.

—Mire V., mamá, le dijo en cuanto la vió, que venga enseguida la costurera y me haga un vestido.

—¡Pero hija, si tienes una porción!

—¡Hablo de vestido decoroso!

—Me parece que los que tienes...

—¡Son atroces, atroces! Y tenga entendido, que esta noche he estado a las puertas del cielo.

—¿Estás loca, hija mía?

—No, señora, muy cuerda. Y allí no hay quien éntre con esos trajes del demonio. Sepa V. que si no visto con decencia, me condenaré, y que si V. no hace lo mismo, se la llevarán los demonios.

—¡Inés!

—Usted perdone, pero es la verdad. Esta moda modernista no entra en la Gloria. Además, a mí me da ya vergüenza presentarme en público tan ceñida, porque con esos trajes parecemos las mujeres...

—¿El qué?

—Algo malo, mamá, créame V., algo malo...

M. ALVAREZ



TARRAGONA.—*Triduo solemne en honor de la B. Teresita.*

Los días 18, 19 y 20 de mayo se celebró el triduo con toda solemnidad y esplendor. La víspera se bendijo solemnemente y ante numeroso público la hermosa imagen de la Santita, obra del famoso escultor D. Tomás Marqués (Barcelona). Ha sido grande el entusiasmo que ha demostrado Tarragona por la «Florecita de Jesús» llenando completamente la iglesia los tres días. Sobre todo el último día se hacía pequeñísima la iglesia para dar cabida a la aglomeración de gente que se enracimaba en el templo. La comunión general del último día fué lucidísima. Tuvo la plática el R. P. José de S. Juan de la Cruz. Ofició a las diez el R. P. Provincial. Concluyó el triduo con un solemne tedéum con asistencia del Emmo. Cardenal y Autoridades. Los sermones estuvieron a cargo del elocuente orador Padre Serafin del Carmelo. Que la Beata Teresita bendiga a Tarragona por lo bien que ha respondido a su llamamiento.—*El corresponsal.*

SEGOVIA.—*Solemne triduo en honor del Niño Jesús de Praga.*

Va en progresión creciente la devoción al Milagroso Niño Jesús de Praga y buena prueba de lo que decimos es el constante y progresivo aumento que tienen la Archicofradía y la Visita Domiciliaria, así como el fausto y esplendor que han revestido las fiestas celebradas durante los días 27, 28 y 29 del pasado mes de abril, en que tuvo lu-

gar el grandioso triduo organizado por la Asociación del Divino Infante y que se celebró en la iglesia de los PP. Carmelitas de San Juan de la Cruz. Todas las tardes del triduo ha sido la concurrencia realmente extraordinaria, llevada al templo carmelitano en alas de la devoción al N. J. que, se destacaba en su lindo altar como queriendo bendecir al pueblo segoviano que con tanto entusiasmo le honra y le venera. Además, este año concurría la circunstancia singular de estar los sermones a cargo del renombrado orador Muy Ilustre Sr. D. Enrique Vázquez Camarasa, Magistral de la Catedral de Madrid. El cual escogió temas a cual más atrayentes y doctrinales, mantuvo pendiente de su palabra al numeroso auditorio de todas las clases sociales que llenaba el templo y el coro hasta rebasar. El último día fué verdaderamente extraordinario. A la misa de Comunión, que se celebró a las ocho de la mañana, que ofició el referido Sr. Camarasa, acudió un crecido contingente de fieles e innumerables niños de ambos sexos. Por la tarde, dos horas antes de dar comienzo la fiesta, era ya materialmente imposible encontrar un sitio libre en el anchuroso templo carmelitano, viéndose también numeroso público en las alamedas que circundan el convento de San Juan de la Cruz. La procesión resultó grandiosa; figuraban en la misma la inmensa mayoría de los niños y niñas de las escuelas públicas, la Semana Devota, V. O. T. del Car-

men y Comunidad de PP. Carmelitas. Sobre artísticas andas, escoltadas por los típicos guardias suavos pontificios, el Niño Jesús de Praga era conducido por varios niños. También iban en la procesión tres bandas de música y cerraba la comitiva, presidiendo el alcalde de la Capital D. Fernando Rivas. Bien satisfechos pueden estar todos cuantos han intervenido en la organización de estas fiestas en honor del Milagroso Niño de Praga, Asociación, la Comunidad de Carmelitas, con el infatigable director de la Cofradía, P. Rodrigo.—*J. Peret del Berrin.*

MONZON DE CAMPOS. — Por primera vez se ha celebrado en esta villa función religiosa en honor y gloria de la Santísima Virgen del Carmen. Debido a la magnificencia y generosidad de un matrimonio de Valladolid, D. Ricardo Iglesias y D.^a Manuela Vicente, que tuvieron el acierto de donar una magnífica imagen de nuestra madre María del Carmen, a esta Parroquia, en 20 de abril de 1922, por iniciación del Párroco se trabajó con fervor para formar una cofradía al objeto de honrar a tan gran Señora. Hechos los preliminares procedimientos, se obtuvo autorización del Ordinario y Padre General, quedando constituida canónicamente la Hermandad el día 16 de julio del mismo año con misa cantada. De acuerdo con el Director se convino celebrar su función el tercer domingo de Pascua de Resurrección. Con inusitada religiosidad se efectuó en dicho día con solemne procesión, celebrándose a continuación la Santa misa por el digno Párroco, Don José Mérida, ocupando la sagrada cátedra Fr. Eustaquio Hoyos, que pronunció un panegírico de la Virgen del Carmen exponiendo los favores que dispensa a sus cofrades por el Santo Escapulario. Muy grande fué la satisfacción del Se-

ñor Párroco por acercarse a tomar a Jesús Sacramentado no solo los cofrades sino también muchísimos, cosa nunca vista en esta localidad. Que quiera Dios y su Santa Madre se repita ese día todos los años en honor y gloria de Dios y la Santísima Virgen del Carmen.—*E. G., suscriptor.*

CALAHORRA. — *Solemnsimo triduo.*—Así puede llamarse bajo todos conceptos el que se ha verificado en la iglesia del Carmen de esta ciudad para la erección canónica de la Archicofradía del Milagroso Niño Jesús de Praga los días 18-20 de mayo. Imposible describir el grandioso entusiasmo con que el pueblo de Calahorra ha respondido al amoroso llamamiento que el Divino Niño Jesús de Praga les ha hecho. Mucho nos prometíamos, al considerar los entusiasmos carmelitanos de los hijos de Calahorra; sin embargo, superó en mucho todas nuestras esperanzas. El triduo resultó solemnsimo y la Archicofradía cuenta ya, además de los niños de varios colegios, con numerosas personas mayores que todos estos días continúan alistándose en las filas del Infantito de Praga, y sobre todo, con una popularidad y entusiasmo que, sin duda, son para ella la prueba más fundada de vida abundante y duradera. Los dos primeros días del triduo, a las siete de la mañana, hubo misa rezada con acompañamiento de órgano, acercándose ya desde el primer día a la Sagrada Mesa numerosas niñas de los colegios. El primer día, por la tarde, se dió principio a la función con la solemne bendición de la preciosa estatua. La expectación que había para oír a aquellas masas de pequeños y jovencitas era grande, y en efecto, comenzó lo que bien pudiéramos llamar el concierto angélico, cantándose el «*A tus plantas*». El santo rosario, el ejercicio del

triduo, coronita, sermón y escogidos cánticos, ejecutados todos ellos con verdadero primor, integraron la función de los dos primeros días terminándose con la imposición de medallas. Huelga decir que hubo una concurrencia asombrosa. El tercer día del triduo, Pascua de Pentecostés, a la mañana, misa de Comunión general. Este fué el acto más emocionante de todo el triduo. Largas filas de niños, niñas y jovencitas acercáronse a la Sagrada Mesa. Luego misa solemne. Bajo la dirección del H.^o Laureano de las Escuelas Cristianas, el colegio que estos Hermanos dirigen, reforzado por el Coro de la Comunidad, ejecutó magistralmente la «Misa coral de Pio X». Por la tarde, horas antes de la función, ya no era posible la entrada en la iglesia. Una vez que los colegios con sus estandartes y banderas pudieron a duras penas colocarse en los bancos guardados para ellos, comenzó la función. La iglesia y el coro estaban completamente llenos; y una multitud se extendía en la plazuela de enfrente de la Iglesia. Después de numerosas plegarias y cánticos al N. J. de Praga cantados entre diversos actos, del santo rosario, de la Coronita del Niño Jesús, del sermón y del conmovedor acto de la Consagración de la infancia de Calahorra al Milagroso N. Jesús de Praga hecha desde el púlpito por un niño, organizóse la procesión grandiosa y ante todo simpática por los cientos y cientos de voces argentinas que durante todo el trayecto no cesaron de aclamar al pequeño Rey, llevado en andas por cuatro niños. Después de ella, el predicador del triduo en cálidas frases dió las gracias e imploró del Divino Infante de Praga numerosas bendiciones. Con el triunfal *Aurora* del Niño y el *Adios* final dióse por terminado el triduo, quedando la santa Imagen recibiendo los afectos de piadosos

devotos que no acertaban a separarse de aquel Dios pequeñito que les había robado los corazones. Los sermones del Triduo han estado a cargo del entusiasta devoto del Niño y eminente orador sagrado, R. P. Redento del Niño Jesús. No queremos terminar esta reseña sin testimoniar nuestro más sincero agradecimiento a las MM. Teresianas, Hnos. de las Escuelas Cristianas, Hijas de S. Vicente de Paul, profesora Srta. H. García, por el celo y desinterés con que han contribuido al esplendor de estas fiestas, sin olvidar al Director de la Archicofradía del Niño Jesús, por su gran actividad. Como nota simpática y delicada recordaremos la venida para el último día de una representación de la Junta de la Archicofradía del N. J. de Praga de Logroño con la Presidenta y Vice-presidenta y varias cantoras. Estas entonaron artísticamente un motete al N. J. de Praga durante el ofertorio de la misa solemne.—*El Corresponsal.*



Santesteban. Muy agradecida al Milagroso N. J. de Praga por varios favores recibidos envió el estipendio de una misa en su honor, tres ptas. para pagar una suscripción a una persona pobre y una pta. para las santas Misiones Carmelitanas.—*Una suscritora muy amante del N. J. de Praga.*

—Con mucha confianza le pedí un favor al N. Jesús de Praga, y habiéndome concedido envió muy gustoso tres ptas. para una misa en su honor. — *Marcos Agerza*.

Envío dos ptas. para el culto del M. N. J. de Praga, esperando conseguir un favor que le he pedido. — *Castora Relegui*.

—¡Dulcísimo N. J. de Praga! Vos que con sólo vuestro querer creasteis los Cielos y la tierra, si queréis podéis concederme las dos gracias que os pido, una espiritual y la temporal, si me conviene: aceptad esta pequesísima ofrenda que os hago de seis ptas. para pago de 2 suscripciones a vuestra Revista, pareciéndome ser la mejor manera de extender vuestra devoción; mi deseo sería pagar muchas suscripciones para que en todas las familias cristianas se recibiera esta Revista tan religiosa e instructiva. — *Teresa Faulin*.

Narcarte. — Por un favor que espero recibir, envió tres ptas. para una misa en honor del D. N. Jesús de Praga, el 25 de julio. — *Una devota del N. Jesús*.

—Poderoso N. J. de Praga. Por varios favores que me habéis concedido, agradecidísima, envió cinco ptas. para vuestro culto. — *Jasta Ermiaga*.

— Por un favor recibido del N. Jesús de Praga, en acción de gracias envió una pta. para su culto. — *Escolástica Astibia*.

Eigorriaga. — Por haberme concedido el favor que os pedí, muy agradecido envió tres ptas., Divino Niño, para una misa en vuestro honor. — *Miguel Gracenea*.

¡Milagroso N. J. de Praga! Para que tuviéramos suerte en los ganados, nos suscribimos a vuestra Revista y como nos habéis concedido, mando tres ptas. para una misa en acción de gracias. — *Una suscritora*.

— *Huren*. — Por un favor alcanzado, en acción de gracias, envió tres pesetas para el N. J. de Praga, V. del Carmen y Sor Teresita. — *Una suscritora*.

Zubieta. Habiendo conseguido de Milagroso N. J. de Praga el favor que pedí, que volviera bien de la guerra, en agradecimiento doy cinco ptas. — *Eustaquio Echeverría*.

Saldias. — Le pido al Niño Jesús de

Praga le conceda un favor a mi niña Remigia Erasun; para ello le suscribo a la Revista «Ecos del Carmelo y Praga». — Su madre.

Uroz. — Esperando que el Divino Niño Jesús de Praga me conceda un favor que le pido, envió 2,50 ptas. para su culto. — *J. A. I.*

Burgos. — Agradecido al Niño Jesús de Praga da una peseta de limosna. — *Manuel Galerón*.

Marquina. Estando mi madre enferma de gravedad, hice una oferta al N. J. de Praga si la curaba y, obtenida la petición, cumplo con él. — *I. Duralde*.

Lerín. — Habiendo curado mi hijo de una rotura del brazo, agradecida al Niño Jesús de Praga, doy una pta. para su Revista. — *Delfina Solano, suscritora*.

Montblanch. P. Director de la Revista del Niño Jesús: En cumplimiento de mi promesa envió estipendio para celebrar una misa al N. J. de Praga y otra a la V. del Carmen, y les pido su protección. — *M. C. B.*

Marquina. — Dos veces curada por el N. J. de Praga. Estando mi hija, gravemente enferma, desahuciada, hice celebrar una misa al Niño Jesús y en la misma hora, empezó la mejoría curando muy pronto. A los cuatro meses, cayó nuevamente enferma y se repitió el prodigio, que publicamos para honra del Niño Jesús de Praga. — *A. Arrieta*.

Sigüenza. Envío seis pesetas para el Niño Jesús de Praga por favores recibidos. — *Josefina Rodríguez*.

S. Carlos de la Rápita. — Agradecida a los favores del Santo Niño de Praga mando 2,50 ptas. para que en honor suyo se celebre una misa. — *Una devota*.

— En acción de gracias por un favor alcanzado, mando al Divino Niño de Praga cinco pesetas. — *Una devota*.

— Habiendo solicitado y obtenido del milagroso N. J. de Praga la curación de una hija mía afecta de reuma, cumplo la promesa que hice mandándole dos pesetas, quedando por ello altamente reconocida. — *A. F.*

— Por un favor recibido del Niño Jesús de Praga mando cinco pesetas que prometi, rogándole asimismo que siga favoreciéndonos en nuestras apremiantes necesidades. — *R. Rouse*.

Bilbao. — Confiada en la protección eficaz del Milagroso Niño Jesús de Praga ofrezco cinco ptas. para alcanzar la salud en una enfermedad grave. — *Una devota*.

— Ofrecí al N. J. de Praga cinco pesetas de limosna y publicar el favor en la Revista, si me concedía la gracia que le pedía, y cumplo mi promesa. — *Gregoria*.

Madrid. — Doy cinco ptas. al Niño Jesús de Praga por haber concedido la salud a mi hermana, como se lo prometí. — *Francisca Herrero*.

Velilla de Ebro. — Para una misa al N. J. de Praga, por una gracia, dos pesetas. — *J. Fallarés*.

Lequeitio. — Gracias, Divino Niño, por tus favores. Lo publico para tu mayor gloria. — *Sor Vicenta*.

Villafranca (Guipúzcoa). — Para celebrar una misa en honor del N. J. de Praga, en acción de gracias por varios favores recibidos, envió estipendio de cinco ptas. — *Joaquina Olariaga*.

Pamplona. — En acción de gracias al Niño Jesús de Praga por haber salido de una enfermedad grave, doy cinco pesetas para una misa y cinco pesetas para su culto. — *Una devota*.

Zaragoza. — Habiendo sanado un niño, por la protección del N. J. de Praga, de un tumor en la garganta, envió cinco ptas. para una misa. — *J. M. Roc*.

Morella. — En acción de gracias por un favor alcanzado, y otro que espero, mando cinco ptas. al Milagroso Niño de Praga. — *Una suscritora*.

Baidallur. — Envío cinco ptas. para celebrar dos misas al N. Jesús, pidiéndole un favor. — *Una devota*.

Epila. — Mando una pta. para la Revista del Niño Jesús, suplicándole una gracia. — *Una devota*.

— Envío tres ptas. para una misa al N. Jesús de Praga. — *Una suscritora*.

— En acción de gracias, remito cinco ptas. para dos misas al N. Jesús de Praga y a la Virgen del Carmen. — *Una suscritora*.

Villafranca (Navarra). Por una gracia recibida del N. J. de Praga doy dos ptas. para su Revista. — *Clarencia Catalán*.



Favores de

* la Virgen *

* del Carmen

Santesteban. — Muy agradecida por haber conseguido un favor que le pedí a la Sma. Virgen del Carmen le envió tres ptas. para una misa. — *J. A.*

Echalar. — Envío tres ptas. para que se celebre una misa en honor de la Santísima V. del Carmen esperando me conceda, si me conviene, el favor que pido. — *Josefa Berraeta*.

Narcarte. — Por un favor que espero recibir, envió tres ptas. para una misa en honor de la Sma. Virgen del Carmen el 16 de julio. — *Una devota*.



Favores

de Santa

Teresa

Santesteban. — Habiendo recibido de la seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús varios favores, agradecidísima, envió tres ptas. para que se celebre una misa en su honor esperando me siga protegiendo. — *Una devota*.

Uros.—Envío 2.50 para el culto de Santa Teresa de Jesús y espero alcanzar de esta poderosa Santa el favor que le pido.—*J. A. I.*

Barcelona. Prometi cinco ptas. para una misa si conseguía restablecerme en un percance grave que sufrí en un ojo. Hoy, relativamente me encuentro bien, y no he tenido necesidad de ser operada. Entrego las cinco pesetas y doy mi nombre para que sea publicado el favor en «Ecos del Carmelo y Praga», agradecida al Divino Infante.—*Concha Quintana (Terciaria Carmelita).*



Beata Teresa del Niño Jesús

Barcelona. Por haber obtenido por intercesión de la Beata Teresa del Niño Jesús, la gracia especial de haber librado a mi hija de una operación, ofrezco la limosna de cinco pesetas para los gastos de su beatificación y lo publico en esta Revista, como prometí.—*E. R. O.*

Caracaca.—Agradecidísima a Sor Teresita por varios favores recibidos, diecisiete pesetas.—*Orosia Gómez.*

—Una devota manda una pta. por un favor que espera recibir de la simpática Santa.

—T. T. en agradecimiento a la Santa por haberle concedido un grandísimo favor, manda veinte ptas.

Santucar la Mayor.—Reconocida a una gracia de Sor Teresita, envío de limosna dos ptas.—*Una devota suya.*

Igalada.—Hallándome en una enfermedad que me hacía sufrir mucho, y

no encontrando alivio humano, acudí a Sor Teresita, y prometí cinco pesetas para su beatificación y publicarlo en su Revista.—*A. A.*

NECROLOGIA

Recomendamos a las oraciones de nuestros lectores los socios siguientes de nuestras Asociaciones y suscriptores de nuestra Revista que han descansado en la paz del Señor.

En Bilbao.—D.^a Dominga Unamunzaga, D.^a Manuela Aja, D.^a Adelfa Gutiérrez, Doña Nemesia Otaola, D.^a Justa Condagorta, Doña Luisa Arrien, D. Francisco Badiola.—*En S. Carlos de la Rápita.*—D.^a Aurelia Llana.—*En Valencia.*—D.^a Teresa S. Novella.—*En Orduña.*—D.^a Dolores Larros, benemérita suscriptora de Ecos del Carmelo y Praga.

En Burgos.—D.^a Eulalia Aurora Rodríguez, D.^a María Conigaoidin, D.^a María Díez, D.^a Julia Pérez Moral, D.^a Bruna Rojo, D.^a Maura Martínez, D. Antonio Pérez, D. Antonio Sáez.

¡Virgen Santísima del Carmen! Levad sus almas al detenidas están en el Purgatorio, al monte santo de la gloria.—*R. I. P. A.*

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

Beatificación del día.—Al Divino Niño Jesús de Praga.—el Copón de oro.—Sor Teresita, modelo de amor al Niño Jesús.—La Orden Carmelitana en el Perú.—He blasfemado de Dios, y ¿qué mal me ha venido?—Nocturno.—La moda a las puertas del cielo.—Noticias.

PASATIEMPOS

CHARADA

Consonante es la primera y la quinta una vocal; cuatro dos tiempo de verbo; cuatro cinco llega al mar; la tercera es consonante; dan el nombre de un metal la primera cuarta y quinta; tiempo de verbo hallarás en tres cinco cuatro prima, y otro en tres dos. El total es nombre de un lugar triste y...basta: no digo más.

Soluciones a los pasatiempos del número anterior

A la Charada: Teodomiro

Al Jeroglífico comprimido: Obedecer es amar

Al Jeroglífico numérico: Pontevedra.



IRURETAGOYENA Y PELLON

ALMACENISTAS DE BACALAO, SANTANDER Importación directa.

Enciclopedia Espasa

DICCIONARIO UNIVERSAL ILUSTRADO
— EUROPEO AMERICANO —

Fruto esta obra de una mágica compenetración de entusiasmos y firmes voluntades, constituye el arsenal de cultura necesario en las luchas del actual vivir.

Integrando su colaboración con centenares de nombres eminentes y procediendo a una minuciosa labor de depuración y comprobación, ha podido obtenerse esta maravillosa demostración de la potencialidad intelectual de la Raza.

EDITORES:

HIJOS DE J. ESPASA

CALLE DE LAS CORTES, 579 y 581
APARTADO 552 :: BARCELONA

Ilustración Gráfica Insuperable

Los pedidos pueden dirigirse a «El Monte Carmelo»

FABRICA DE SAYALES PARA HABITOS DE RELIGIOSOS Y DE DIFUNTOS DE LOS

Hijos de Enrique Juan y Merin

ALCOY

En esta antigua casa encontrarán las Comunidades, tanto de Religiosos como de Religiosas de distintas Ordenes, un completo surtido de sayales para hábitos y túnicas, sábanas de lana, estameñas blancas y negras, sayalete para hábitos de difuntos, etc., con economía y todas las ventajas posibles.

ALCOY (Alicante)

Apéndice al Gradual y Antifonario romano con los Oficios Propios de la Orden del Carmen en música gregoriana. En rústica 4' 50

Tipografía de El Monte Carmelo-Burgos.

NOVENA Y TRIDUO
A LA
Beata Teresa del Niño Jesús
POR EL
P. Sabino de Jesús

Precio 0'30 pts.

Pídase a la Administración de El Monte Carmelo

FLORILEGIO CARMLEITANO

2'50 pesetas encuadernado

DEVOCIONARIO CARMELITANO

Precios de esta nueva edición: 3'50 encuadernado en tela;
5 pesetas en tela y canto dorado y 8 en piel y canto dorado.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DE NUESTRAS REVISTAS
EL MONTE CARMELO **ECOS DEL CARMELO Y PRAGA**

ESPAÑA..... 6 ptas. al año.
EXTRANJERO..... 8 id. id.

ESPAÑA..... 8 ptas. al año
EXTRANJERO..... 6 id. id.

Las dos revistas combinadas

ESPAÑA..... 8 ptas. al año. | EXTRANJERO..... 10 id. id.
Colecciones de «El Monte Carmelo» desde 1901 inclusive, 6 pesetas en rústica y 8 encuadernadas; y de «Ecos del Carmelo y Praga» desde 1918 a 3 y 4'50 pts.

EN ESTA IMPRENTA SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS EN RELIEVE



LA
REPÚBLICA ARGENTINA

RELACIONES ECONÓMICAS
CON LA FRANCIA

CONFERENCIA

En la Sociedad de Geografía Comercial de París
(Sesión del 15 de Enero de 1894)

por
D. D. JOSÉ FRANCISCO LÓPEZ

MIEMBRO DE DIVERSAS SOCIEDADES
CENTRO ARGENTINO DE LA SECCIÓN ARGENTINA EN PARÍS
Y CAPELLÁN DE LA CHURRA DE LA VILLA

PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1894